

«LA HABANA ES CAL...»: EN TORNO A LOS VÍNCULOS HISTÓRICOS ENTRE CÁDIZ Y LA HABANA.

RAMÓN DE ARMAS *

Centro de Estudios Martianos de La Habana

**Ramón de Armas Delamarter-Scott (1939-1997), uno de los grandes historiadores cubanos de los últimos años, profesor en la Universidad de La Habana y miembro del Consejo de Dirección del Centro de Estudios Martianos, enfocó su labor investigadora hacia el estudio del pensamiento y la obra de José Martí. Durante el curso académico 1994-1995 nos honró con su presencia en esta Universidad de Cádiz, y cuantos le conocimos pudimos dar fe de su talla intelectual, y, lo que es más importante, de su talante bondadoso y humano. Desde estas líneas, le dedicamos nuestro más sincero y emocionado recuerdo, y le deseamos que en el cielo de los hombres goce de una Cuba, a la que tanto amó, sin penurias, bloqueos ni cartillas de racionamiento (A.M.G.).*

Dicen quienes las han visto todas, que Cádiz se reproduce en la señorial Cartagena de Indias, en la costa del Caribe colombiano; en la hispanísima y antillana San Juan de Puerto Rico -a la que un siglo completo de presencia impuesta no ha logrado sajonizar-, y hasta en la cordial Veracruz, del casi caribeño golfo mexicano.

La arquitectura y sus detalles, el trazado de sus calles, sus avenidas costaneras, o paseos marítimos o malecones -que se les llama de diferente manera en cada lugar- reflejan una indeleble impronta gaditana en el actual rostro urbano de cada una de las tres ciudades.

Unico vínculo, durante extensos períodos de nuestra historia común, con el Atlántico y con el entonces Nuevo Mundo, Cádiz, en su bahía, y la costa gaditana regaron la semilla de su gente y de su cultura en la hoy llamada Gran Cuenca Caribeña.

De Cartagena de Indias, yo no sabría qué decir, porque no la conozco. Pero, sin pensarlo mucho, sí añadiría a este fraternal inventario, a la hermosa ciudad que se levanta a orillas del Ozama: la linda Santo Domingo, en la vecina República Dominicana.

Pero dicen también los que las han visto todas -y los que las han estudiado en su historia y sus detalles- que no es sino en La Habana donde casas y calles, gentes y sonrisas, miradas y gestos, más se igualan, más se funden, más se aparejan y se hermanan (en esta orilla de ese océano que, más que separamos, nos une) con los de hombres y mujeres que hoy se afincan en la tierra rodeada de espuma y salitre de la antigua ínsula fenicia: en aquella que es -mirémoslo

también de esa manera- ¡la ciudad más caribeña del viejo (y del moderno) Atlántico europeo...!

Con esta sala llena de especialistas, no voy yo a hablar aquí -al tocar el tema de los vínculos históricos entre Cádiz y La Habana- de la cuadrícula urbana, ni de los portones gaditanos de La Habana, ni de los callejones más viejos y sus balcones...O de la similitud entre los mismísimos entornos geográficos que le dan quicio y asiento...Y ni siquiera de su música de las batas de cola -la bata rumbera, y la bata flamenca-, que han cubierto y enmarcado (y también han descubierto), desde siempre, el aconeo y la cadencia retardadora de sus danzas...Ni de la ida y la vuelta -y la vuelta, y la nueva ida- de sus cantares y de sus coplas.

Aquí están ustedes para eso: y ustedes sí lo sabrán hacer, en los paneles concebidos por el entusiasmo de nuestros decanos. Eso, por una parte. Porque, por la otra, -en las pocas horas que llevan en esta orilla nuestra del Atlántico- ya se habrán asomado a aquellos lugares del Malecón habanero donde -de día o de noche (cuando al final de la curva de la costa no se sabe si alumbra la farola del Morro, o el faro de San Sebastián), y ya se habrán preguntado si no están mirando el de Cádiz desde el Campo del Sur; o, si al entrar en el viejo «intramuros» de La Habana, no están, simplemente, saliendo de Puerta de Tierra, y entrando en el Cádiz histórico, y en la unidora historia de Cádiz y de La Habana.

Mas hay aún un tercer costado del asunto: y es que el Gabinete de Prensa de la Diputación de Cádiz, y el CinEd, del Ministerio de Educación cubano, acaban de preparar un excelente vídeo sobre la historia común de ambas ciudades -tan documentado en el texto, y tan sobresaliente en imágenes-, que una simple conferencia, por erudita que fuerfa, no lo podría nunca superar. Y yo sospecho que, en algún momento de este curso, los presentes tendrán, aquí mismo, la posibilidad de disfrutarlo.

Desde luego, bien pudiéramos haber comenzado estas palabras -y este curso- diciendo algo de este corte:

«La fuerza de la presencia gaditana desde los primeros tiempos del surgimiento de La Habana, y entre los hombres que navegaron primero sus aguas, dejó su huella imborrable en la toponimia habanera, y en los nombres de los accidentes geográficos de sus costas. Los mapas más antiguos del litoral norte habanero hablan en muy alta voz de esa presencia. En ellos, por ejemplo, Rota, Chipiona, o La Caleta, en Cádiz y su Bahía, fueron Rotilla, Chipiona, y la Caleta de San Lázaro en las costas cercanas a la futura capital cubana, o en el propio litoral habanero. Muchos más nombres pudieran mencionarse. Muchos de ellos ya han sido sustituidos, o han dejado de usarse, con el transcurso del tiempo. Pero la propia ciudad de La Habana habla también de esa presencia de Cádiz y su gente en su nacimiento, en su desarrollo, y en su devenir...».

Si así hubiera comenzado, el simple punteo de los temas que sería posible -y necesario- abordar aquí, hubiera sobradamente demostrado que desbordaría

los límites de nuestro tiempo real, y las capacidades de mi empeño: Los hombres que poblaron la América, el peso de Andalucía en ese poblamiento, y en el poblamiento particular de Cuba, y de la zona habanera; el peso que en él tuvieron Cádiz y su bahía; la vinculación entre Cádiz y La Habana desde los inicios mismos de la colonización; La Habana como punto de reunión de las flotas; el asentamiento paulatino de gaditanos en La Habana; la creación de nuevas familias; las casas comerciales gaditanas en La Habana; los gaditanos en el surgimiento de los primeros criollos; la idiosincracia del habanero y del gaditano; sus entretenimientos; las peleas de gallos; los carnavales, las chirigotas y las comparsas; los «negros curros» estudiados por don Fernando Ortiz; los nombres de las calles; las interinfluencias condumiales; la dependencia colonial versus la identificación popular: en fin: la hermandad de identidades entre Cádiz y La Habana.

Así que en esta sala -repito- llena de especialistas, prefieren hablar de las gentes: no de ustedes y nosotros (o sea, no de todos nosotros), sino de los que fueron y estuvieron antes de todos nosotros: de la vinculación humana entre mi Cádiz y vuestra Habana.

Va mucho más allá, y más atrás, de aquella otra también gran verdad que ustedes ya de seguro han ido notando: la mucha razón que tenían Antonio Burgos y Carlos Cano (y también la que tenía Lola Flores, de quien se dice que fue el agudo comentario después de su primera visita a La Habana), con aquello de que «La Habana es Cádiz con más negritos» -y mulatos, digo yo-, y «Cádiz es La Habana» -y también digo yo-, si no «con más salero», sí con otro tipo de salero (aunque por acá le llamemos «sabor», o «salsa», o, también, «sandunga»).

Hay otra vinculación, y hay otra historia: otra historia también noble, también hermosa, y también cierta. Y yo quisiera comenzarla con un relato bien sencillo que nos hace un poco conocido luchador independentista cubano, Pablo de la Concepción y Hernández, en un interesante libro testimonial que publica en La Habana, en 1932; bajo el título de **Prisioneros y deportados cubanos en la Guerra de Independencia: 1895-1898**. Allí nos cuenta su llegada a Cádiz, a bordo del vapor español «Montevideo», el 27 de junio de 1896. Voy a citar un fragmento:

«La vista de aquella hermosa ciudad alegraba un tanto nuestros corazones.

Estábamos en plena España civilizada, donde los hombres vivían al amparo de leyes sabias, garantizados por una Constitución, rica conquista del Derecho, y si llegaba el caso de que se nos atropellara infamemente, apelaríamos a los hombres de la España culta, fieles guardadores de las más nobles tradiciones de gentileza, impetrando amparo y garantía dentro de nuestra condición de presos políticos. ¡Cuánto nos engañábamos!» (1).

De por qué este grupo de deportados se engañaba, el autor nos hablará más tarde, a todo lo largo del libro. Pero ello no opacó lo humanamente hermoso de

su primera impresión de la gente de Cádiz -de la que también habrá múltiples testimonios y recuerdos en aquellas páginas y en aquellas memorias. Ahora, nos dice, recordando el momento de desembarcar:

«Al doblar de una esquina estaba una viejecita de rostro macilento, con el delantal repleto de macitos de cigarrillos, que nos repartió caritativamente a medida que pasábamos, dirigiéndonos palabras de consuelo:

-¡Pobrecillos! ¡Qué rotas traen las ropas! ¡Cuánto habrán sufrido en el vapó! ¡Toma, hijo, fúmate ese mazo!

Y avanzaba junto con la cuerda [de prisioneros] para continuar su reparto hasta que terminó.

-¡Adios, hijos!- repitió tres veces, ¡Que Dios os ayude en el presillo!

Y la vimos alejarse con lágrimas en sus ojos cavernosos.

Y aquella alma caritativa llevaba en la cabeza la toca negra, signo característico del luto que afligía los corazones de las madres españolas, por la pérdida de los hijos de sus entrañas, víctimas allá en Cuba o en Filipinas, de la cruenta guerra que tenía por motivos los tremendos errores de los hombres que tenían en sus manos los destinos de las colonias oprimidas.

Frente a un antiguo edificio de proporciones colosales, sobre cuyo cornisamento crecían hierbas propias de los antiguos camapanarios, y cuyas ventanas de gruesos barrotes de hierro estaban tapizadas interiormente por gruesa tela metálica, nos hicieron detener con voz de mando, seca y penetrante. Estábamos frente a la cárcel de Cádiz» (2).

¡Cuántos penares y amarguras no esperaban aún a estos deportados cubanos en su larga marcha, andando encadenados a través de toda la provincia hasta Algeciras, para allí embarcar hacia Ceuta, y ser reclusos -o mejor, sepultados en vida- en el Hacho! Pero, ¿quién borraría ya de su memoria la nobleza y el consuelo, con sus macitos de cigarrillos, de aquella madre gaditana enlutada?

No puede ser bella ninguna historia de sojuzgamiento, imposición colonial, deportación y prisiones. Mas aquí no estamos hablando de aquella España oficial, autocrática y opresora, a la que también nuestro autor se refería en las primeras líneas de su relato.

Ahora estamos hablando de la viejecita gaditana, pero también podríamos hablar de la arriesgada ayuda solidaria de los fraternos y valientes gaditanos -ayuda nunca descrita en sus detalles, aunque siempre recordada- que catorce años antes, en 1882, había permitido a uno de los más importantes dirigentes independentistas cubanos, el general mambí José Maceo, también deportado,

poder escapar de sus captores al ser trasladado a través de Cádiz de Chafarinas a Ceuta. Sería devuelto desde Gibraltar a España, pero ello desataría lo que hoy llamaríamos un escándalo internacional de prensa (iniciado y estimulado desde París por el independentista puertorriqueño Ramón Emeterio Betances), del que se haría eco la parte mejor de la prensa española de la época, y que finalmente contribuyó a su fuga definitiva de España, en 1884 (3).

He mencionado el Castillo del Hacho, en la entonces isla-prisión de Ceuta, y no quiero dejar de recordar que era allí donde un gaditano fundacional, Fermín Salvochea, enseñaba a leer a los prisioneros negros cubanos, en los momentos en que también él padecía la prisión impuesta por aquella España colonialista y opresora ya por siempre, afortunadamente, superada.

Pero también he hablado de la llegada de deportados políticos cubanos a Cádiz, y no puedo dejar de referirme a la de un chico habanero -o mejor: un niño- que comenzó a laborar por la independencia de su patria con sólo 15 años de edad, fue hecho prisionero a los 16, salió deportado de Cuba con solamente 17, y cumplió sus 18 años navegando hacia el destierro político en la Península, a donde llegó cuatro días después de haberlos cumplido (lo sabemos gracias a las tesoneras pesquisas del historiador gaditano, y querido colega universitario de todos nosotros, Alberto Ramos Santana), el primer día de febrero de 1871, a bordo del vapor español «Guipúzcoa».

Me estoy refiriendo, y ya ustedes se habrán percatado, a nuestro José Martí. Y -más aún, tratándose de él-, debo narrar en sus propias palabras la alegría que, en medio de la dureza de su lucha y de la tristeza de la deportación, la llegada a Cádiz le tenía reservada.

Así lo narró Martí en 1893, casi un cuarto de siglo después de los acontecimientos que rememora. Y pienso yo que, hoy, también comenzaría así su rememoranza:

«Aquí peta un cuento. Allá por 1870, en una hora de libertad, que dio el gobierno de La Habana a un chiquitín que iba a España de preso político, se entró el niño por la librería de Abraído, y, no sin que le temblaran las manos de vergüenza, leyó, asombrado de la ceguera humana, una revista de muy buen papel, papel grueso y de viso como el terciopelo, en que la juventud de las escuelas del barrio Latino declaraba, en gran prosa y poesía, que Francia joven, y Francia entera, no podían vivir sino bajo el favor y misericordia del manto imperial de las abejas, del manto glorioso y providente de Napoleón; que el imperio era la vida, y la república un cafetín de barrio, y que los republicanos no eran jóvenes de verdad, sino de ajeno y mugre; y que ellos, los siervos humildes del emperador, eran los únicos jóvenes. Quemaba la revista como un veneno, y daba tristeza de vivir. Los jóvenes, por lo menos, deben ser honrados. Zarpó el vapor que llevaba preso al chiquitín, y al anclar en Cádiz, lo primero que dijeron los del bote de la Sanidad fue que Napoleón se había rendido en Sedán, que el imperio había muerto, y que gobernaba la república» (4).

De José Martí, y de las gentes gaditanas con quienes se relacionó, hoy no puedo dejar de hablar algo ante ustedes (5).

Casi resultaría sobranter decir que, en muy corto tiempo, aquel jovencito deportado devendría una de las más importantes figuras de la política y de las letras hispanoamericanas de la segunda mitad del siglo XIX, y el organizador de una extensa y dura lucha por la independencia absoluta y definitiva de las dos últimas posesiones americanas de España: su patria natal, Cuba, y su antilla hermana: Puerto Rico.

Hijo de valenciano e isleña de Canarias -pero plenamente consciente de su mestizaje cultural- Martí supo asumir, propugnar y dar auge a las más abiertas posiciones con respecto a una España contra cuya dominación combatía, con respecto a los españoles ya arraigados en la colonia, e incluso con respecto a aquellos que eran enviados a ella a guerrear. Pero fue también -y es necesario destacarlo de manera muy especial- hombre plenamente percatado de su condición de hijo de españoles humildes: de españoles que, al igual que los cubanos, eran también oprimidos por el propio poder colonial de aquella España autocrática.

Tajante al postular la humildad de su origen, a los que alguna vez dudaron de la misma José Martí les daría definitiva respuesta: «Pues mi padre, señores, fue un soldado; pues mi madre, señores, aunque por su heroica entereza y clarísimo juicio la tenga yo por más que princesa y más que reina, es una mujer humilde» (6). Y más de una vez aseveraría con orgullo: «¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?» (7).

Hijo cubano de españoles de pueblo, ahí estuvo la primera simiente: fue la España popular, y no la autocrática, la que contribuyó a formar -aun en un medio social en el que ya se iniciaba una lucha de liberación nacional a cuyo apoyo se incorporaba desde su más temprana adolescencia- las ideas de aquel cubano que habría de llegar a dejar legado tan firme y perdurable. Entre los cuatro y los seis años de edad vivió en Valencia, cuna de su padre español. Y muy poco después, de regreso a Cuba -y en experiencias tenidas al viajar desde niño con él a otras regiones de la colonia, de las que el propio Martí nos ha dejado testimonio- comenzaría a aprender a valorar la terrible carga de los que sufrían la parte más ruda y cruenta de la dominación colonialista: los hombres de la esclavitud: los hombres negros.

Se había iniciado, evidentemente, una forja paralela: por un lado, el noble hogar español le va poniendo en contacto cariñoso con lo mejor, lo más esforzado y lo más honesto del pueblo de la península; por el otro costado, la propia vida de la colonia oprimida le hace prefigurar, desde muy temprano, sus futuras posiciones de lucha contra la terrible injusticia social representada -para

la totalidad del pueblo, blanco o negro, cubano o peninsular de su patria- por el gobierno colonialista español.

Esa huella de la España popular y luchadora -esa vinculación humana de la que estamos hablando hoy- quedó grabada en el joven deportado, y dio definitorio contenido a sus posiciones con respecto al país y sus hijos. A manera de ejemplo: en 1877, a poco más de dos años de haber salido de España, y radicado por el momento en Guatemala, al joven anticolonialista antillano le es solicitada por el gobierno de ese país la confección de un drama en verso sobre la independencia del mismo. José Martí -en cuya Cuba natal ya hacía nueve años que se libraba la guerra por cuya defensa él mismo había sido deportado- abordaba el poema manteniendo en primerísimo plano no sólo la lucha hispanoamericana por la independencia, sino la que en la propia España había llevado adelante el pueblo -la gente- peninsular.

Allí mencionaba a Cádiz, tan vinculado a los primeros momentos de su destierro:

(...) Asturias, el Ferrol, Cádiz valiente
El fuero humano con braveza apoyan,
Y en Cádiz mismo, el alevoso Freyre
Al pueblo libre sin piedad inmola (8).

Pero allí, además, ponía en boca de uno de los personajes del drama -el criollo Martino, que era, evidentemente, el propio Martí- su profundo sentir por el pueblo que tanto de Cuba como del resto de su América era principalísima raíz:

MARTINO: (...) nuestros hermanos en España luchan.

INDIO: ¿Nuestros hermanos, gentes españolas?

MARTINO: Por libertad y dignidad luchamos.

Nuestros hermanos son los que la invocan.

Odio merece el fraile franciscano

que por la esclavitud del indio aboga,

Odio Velázquez que en su tumba fría

cadáver yace, pero no reposa.

Mas este continente de Bolívar,

rompiendo el yugo que a nuestra alma agobia,

abre los brazos generosamente

al español, y su grandeza invoca;

al español que en la defensa nuestra

de España muere en las terribles horcas.

A ese español yo lo honraré en mi mesa,

y le daré a mi hermana por esposa (9).

Era -no cabe duda- la otra España: la España que en el hogar cubano, y en la península, había conocido y querido. Y de aquellas gentes españolas merecedoras de afecto y de honra había tenido José Martí, en el Cádiz por donde entrara deportado en tierra de su metrópoli, su primera y muy directa visión.

Años después de la solitaria y desamparada llegada a aquella ciudad que tanto pudo haberle recordado a la Habana natal de la que el destierro político le arrebatara, José Martí había rememorado con cariño -ya lo hemos visto al iniciar estas palabras- aquel primer encuentro con los gaditanos, que (aún desde los trajines migratorios del «bote de la Sanidad») le había resultado tan particularmente estimulante. Y aunque en Cádiz estuvo pocos días, fue tiempo suficiente para dejar establecidos algunos primeros contactos y conocer a algunos de sus hombres.

Así, al anarcosindicalista Fermín Salvochea, figura que siempre admiraría fuertemente, narra el cubano que lo recuerda

«aún andando por Cádiz, alto y en traje negro, con rostro por donde se derramaba, de debajo de los espejuelos de humo, la mirada compasiva, con el puño cerrado, buscando donde tundir a los republicanos traidores, o abierto, para dejar caer su última moneda. El chambergo caía atrás, dando a la frente luz, y alero al cuello. Con la honrada lentitud de la república novicia hubiera tenido paces él, a pesar de su lívida indignación, que le sofocaba y desfiguraba la elocuencia (...) Pero a Salvochea (...) le daban asco esos ambiciosos de alquiler, rebeldes en el hambre y señores en la autoridad, que se reparten, con nombre de república y constitución, la tiranía que derribó a sus voces de pujanza de sangre, la crédula muchedumbre. Y creyó el gaditano que bastaba con segar las ortigas, cuando lo que había que hacer era mudar las raíces. Vivió de héroe o de preso. Hoy mandaba en el municipio, ya culatazos lo defendía de los quintos que se cebaban en los abogados de su libertad; y mañana estaba en la cárcel, esperando la sentencia de muerte y enseñando a los cubanos negros a leer. Era rico y vivió para los pobres» (10).

De mucho español -y en particular de muchos otros gaditanos- supo José Martí destacar posteriormente los méritos. Habló con reiteración, por ejemplo, de la labor científica precursora desarrollada en Nueva Granada por José Celestino Mutis, quien había ido allá en 1760 con Messía de la Cerda. Martí lo aquilató con justeza: «Las verdades han de ser estimadas en sí, y en relación a los lugares en que han de ser publicadas. ¡Qué espanto no causó en Nueva Granada, a fines del siglo 18, que Mutis defendiera que la tierra giraba alrededor del sol!» (11). Y tuvo alegría cuando pudo poner juntos, en similar función forjadora de hombres y de pueblos, al sabio gaditano y al destacado hombre de letras cubano Manuel del Socorro Rodríguez:

«Con Mutis de Cádiz y Rodríguez de Cuba vinieron a la lengua de Colombia precisión científica y grata cortesana; y al amor de ellos, que fue sano

y sencillo, se juntaron a leer y prepararse a la obra aquellos hermosos evangelistas de 1810 (...); así se les vio brillar e inspirar amor y respeto dondequiera que fueron» (12).

De aquella primera estancia en España como deportado político es su vinculación con Eduardo Benot y Rodríguez, señalado literato y político, y generoso defensor de los cubanos. Los testimonios de la época sitúan la relación de Martí con don Eduardo como una respetuosa amistad en la que el aún desconocido luchador cubano era tratado por el destacado gaditano «con deferencia y afecto». Y en 1873, el joven le dedicaría al político un ejemplar de su recién editado opúsculo, La República Española ante la Revolución cubana: era un gesto de homenaje hacia el hombre a quien, en marzo del mismo año, correspondiera proclamar, en su condición de secretario de la Asamblea Nacional, la ley de abolición de la esclavitud en la isla de Puerto Rico.

Entre aquellos legisladores había estado también otro gaditano: don Emilio Castelar. No hay de esos años constancia de tangencia alguna -como sí la hubo con Benot- entre el joven independentista cubano y el prominente hombre político. Pero casi una década más tarde, en 1881, al comentar desde los Estados Unidos la política española para destacados diarios del sur del continente, el entonces ya sobresaliente escritor hispanoamericano le menciona con reiteración y con respeto. Ciertamente, critica «la república aristocrática y artificial que con Castelar vendría, por ser el representante de la forma republicana que garantizaría mejor los intereses y preocupaciones de los elementos conservadores» (13). Se trataba, sin duda, de «la república transitoria y aristocrática de Castelar», y Martí no la encomia. No escatima tampoco el justo reproche cuando, a la par que reporta las palabras del político como «ampuloso elogio de las aspiraciones y programa de la revolución democrática, con excitaciones vivas a que Sagasta realice la abolición de la esclavitud», le precisa con censura: «la esclavitud, que él pudo haber abolido, y no abolió» (14). Pero le alaba en lo que puede: le elogia en más de una ocasión el manejo del idioma; hace resaltar «su hermosísima lengua de colores y sus caricias de arroyo, y ruidos de cascadas». Le admira sin rencores su palabra «flamante y brilladora». Y escribe para sus lectores suramericanos: «se dice que el discurso de Castelar fue como llama de colores, deslumbradora y ondulante» (15).

Aquellos eran años -y así debo destacarlo- durante los cuales el revolucionario cubano ya estaba iniciando las acciones que en 1895 conducirían al reinicio de la guerra de independencia terminada de manera fallida en 1878. Pero aquel patriota cabal tenía la capacidad de aquilatar los valores intrínsecos de los hombres, aún cuando sus principios políticos los hubieran situado en el campo opuesto al de los suyos propios. Uno de tales casos sería, también, otro gaditano: el general Francisco Serrano y Domínguez, quien fuera nada menos que Capitán General de Cuba entre 1859 y 1862, y a quien el cubano independentista supo reconocer su posición de hombre que «lleva a las Cortes las quejas sinceras de los criollos que trató con guante» (16).

Y es que José Martí preparaba la guerra, pero sabía que «la guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España» (17). Sabía, además, que no tendría la revolución por qué esperar enemistad del pueblo de la metrópoli, ni tenía por qué temerle «al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros».

Porque no se trata solamente de que Martí tenga como hermano y amigo al pueblo español, en el cual siempre confía. Se trata, además, de que ha comprendido -con la profunda dialéctica de su larga visión- que en España se desarrolla una «lenta y magnífica batalla entre una época de gloria militar, dominio de castas y provecho legítimo de pocos, y una época de gloria del trabajo, gobierno de la razón libre, y provecho legítimo de todos los hombres trabajadores» (18).

Así, para cada una de esas dos épocas -y de esas dos Españas- que el cubano percibe, a la «gloria militar», opone la «gloria del trabajo»; al «dominio de castas», el «gobierno de la razón libre»; «al provecho ilegítimo de pocos», el «provecho legítimo de todos los hombres trabajadores». Y por sentimientos -y por principios-, se afilia junto a la España que debe a la larga vencer en aquella batalla: la España que ha de velar por el provecho de todos los que trabajan.

En el hijo de esa España laboriosa -radique en la península, o radique en la colonia-, Martí sabe que puede confiar: para la independencia, y para el futuro. Y de ahí que dentro de la estrategia de liberación nacional que el cubano elabora, cuente con la colaboración y participación del español en la brega pugnaz por obtener la independencia de la Isla, y cuente también con él para conformar y consolidar la república de honda reparación social que de dicha liberación ha de surgir. Y si en los años de la república española -años en que Cuba ya guerreaba, en su primera campaña, por la independencia- había calificado aquella lucha como «doblemente fratricida», por cuanto en ella la república llevaba a la muerte a hermanos de sangre y hermanos de ideales republicanos; cuando en la década del 80 -y más tarde aún, en la del 90- su actividad independentista le lleva a participar de manera principalísima en la organización de una nueva contienda, sus posiciones seguirán siendo totalmente diáfanas: ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad; ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida; A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: ¡Mienten!» (19).

Para el dirigente cubano,

«No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre (...); contra el transeúnte arrogante e ingrato, no contra el trabajador liberal y agradecido».

Y concluía (ya lo dije antes, pero quiero repetirlo ahora):

«La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España» (20).

No sólo hay que alzar al país para «echar de la capitanía a los logreros que la esquilman, y sentarse a trabajar, bajo el gobierno compuesto por sus habitantes libres» (21). No sólo hay que echar al gobierno colonialista, sino terminar con la estructura colonial y con el ordenamiento económico y social por ella entronizado.

Más de una vez ha censurado a «los mantenedores de la dominación española en Cuba, sean nacidos en Cuba o en España» (22). Y en la guerra que ahora está organizando, con los españoles de Cuba cuenta Martí. En el Manifiesto de Montecristi, uno de los más importantes documentos programáticos de la lucha independentista cubana, redactado y suscrito por él conjuntamente con el General Máximo Gómez en marzo de 1895, cuando ya hacía un mes que había comenzado la última etapa de la extensa gesta cubana, queda pulcra constancia de la receptividad de aquella causa para con el pueblo español:

«En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra» (23).

En este mismo documento se afirma, en confiado y perdurable postulado que sintetiza aquel espíritu de grandeza: «Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos» (24).

Así fue: según la documentación existente, 1624 españoles se incorporaron a las filas del ejército libertador cubano. De ellos -vale señalarlo ahora- 161 eran andaluces; 21 eran gaditanos (25).

Pero un nuevo peligro se cierne ya desde entonces sobre toda Hispanoamérica, y Martí lo ha alertado. Infatigablemente, lo ha alertado: «Urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia» (26).

En esa lucha, sabe que España ha de estar del lado de sus hijos. Cuba aún no había siquiera alcanzado -como sí el resto del continente- el estatuto político republicano, y ya Martí alguna vez había reclamado que «Cuba debe ser libre-de

España y de los Estados Unidos» (27). Un día antes de morir en la guerra que había organizado, aún tenía tiempo para aseverar:

«Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber (...) de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha de ser, y como indirectamente...» (28).

Para Martí, cubanos y españoles debían estar de un mismo lado en la nueva y formidable contienda a la que la época convocaba. Es más: el mayor influjo que pudiera ejercer nuevamente España sobre los pueblos hispanoamericanos sería precisamente «el que pudiera volver a darle, por causas de raza y de sentimientos, el temor o la antipatía o la agresión norteamericana» (29).

En el caso particular de Cuba, debía entonces surgir una república capaz de detener, o al menos obstaculizar, junto con Puerto Rico y Santo Domingo, el avance de la expansión del nuevo imperialismo naciente, y el conjunto antillano debía resultar ensayo y propuesta -que no modelo- de un proyecto republicano original y propio, que respondiera a las necesidades históricas de las sociedades peculiares que constituían la parte iberoamericana del continente. A esa lucha debían sumarse los hijos de la España fraternal: si siempre les unió a los cubanos el afecto, el origen y la historia, ahora los unía, además, la urgencia de una defensa común:

«Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tierra, los que no le ven a su hijo cubano más vía de fortuna que la herencia corruptora o la sumisión al deshonor, los que aman en sus hijos, con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las Américas ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles trabajadores, los españoles rebeldes, esos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente, para el desestanco de su persona y para la conquista de laa. Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos, que de los norteamericanos arrolladores y rapaces, de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa de los pueblos débiles, la codicia y mala distribución de la riqueza, que vienen de su reparto desigual en la tierra propia (norteamericana)».

Y continuaba:

«Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos (...); lo que deben, cubanos y españoles temer -con sus elementos de libertad impaciente- no lo digamos cubanos, porque se tendría a pasión: dígalos Stead (30) liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: «Más fácil es -acaba de decir Stead- convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América

sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia».

Y precisa, concluyente:

«No: con todo el hervor posible y natural de la república en Cuba, el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y desdén de los norteamericanos» (31).

Y así perviven -afincados en las tierras de Cuba y de España; sembrados por hombres como este preclaro cubano mayor de su patria mestiza y de la cultura hispanoamericana, hijo antillano de valenciano e isleño; y también por viejecitas gaditanas tocadas de luto, que reciben con ternura de madre a los deportados independentistas cubanos- los firmes y perdurables arraigos de las indestructibles hermandades de hoy.

Tangible como la presencia misma de su esfigie y de su nombre en el Cádiz por donde entró, ajeno al odio, a su destierro; por donde transitó seguro y combativo con su cariño y su confianza en el pueblo de la España que entendió y amó- también pervive hoy la seguridad plena de Martí de que

«el beneficio apetecible del afecto español, de los españoles que son nuestros padres en el hogar y nuestros amigos en la batalla del derecho, más que en ligas de interés pasajero y meramente pecuniario, se logró y se seguirá logrando en los combates de la libertad» (32).

En esos combates -y el Cádiz que supo recoger en bronce, en el corazón de su Alameda, el recuerdo son muerte de José Martí, así lo demuestra; y la presencia gaditana de ustedes en esta universidad habanera no me dejará mentir, ni me dejará engañarme-, en esos combates están juntos, y seguirán estando siempre juntos, pésele a quien le pese, los hijos de Cuba y los hijos de España.

NOTAS.

(1) Pablo de la Concepción, *Prisioneros y deportados cubanos en la Guerra de la Independencia: 1895-1898*, Imprenta P. Fernández y Ca., La Habana, 1932, p. 153.

(2) *Ibid.*, p. 153-154.

(3) Ver, por ejemplo, Rodolfo Sarracino, «José Maceo en su periplo gaditano», en *Cádiz-Iberoamérica*, Diputación de Cádiz, no. 3, 1990, p. 62-64.

(4) José Martí: «¡Todo es posible!», en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 5, p. 72. (En lo sucesivo, las referencias en textos de José Martí remiten

a esta edición, representada con las iniciales *O.C.*, y por ello sólo se indicará tomo y paginación).

(5) Entre muchos otros, los aspectos a los que nos referiremos a continuación han sido expuestos más ampliamente en: Ramón de Armas, «José Martí: visión de España», *Estudios de Historia Social*, nos. 44/47, ene-dic de 1988, Madrid, y en: «España, Cádiz y su gente en la obra y la memoria de José Martí», *Un hombre sincero*, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz, 1991.

(6) J.M.: *Fragmentos*, *O.C.*, t. 22, p. 17.

(7) J.M.: *Carta a la madre de 15 de mayo de 1894*, *O.C.*, t. 20, p. 458.

(8) J.M.: «*Fragmento del Drama indio*», *O.C.*, t. 18, p. 168-169.

(9) J.M.: *Patria y libertad. Drama indio*, *O.C.*, t. 18, p. 146.

(10) J.M.: «Dos justicias», *O.C.*, t. 3, p. 283-284. Su descripción de Fermín Salvochea, y su aseveración de recordarlo andando por las calles de Cádiz parecen evidenciar que Martí efectuó alguna otra visita posterior a dicha ciudad, ya que según los datos disponibles, Salvochea estaba en el exilio en el período correspondiente a la mencionada estancia de Martí en tierra gaditana.

(11) J.M.: *Cuadernos de apuntes*, *O.C.*, t. 21, p. 287.

(12) J.M.: «Guerra literaria en Colombia», *O.C.*, t. 7, p. 413.

(13) J.M.: «Noticias de España», *O.C.*, t. 14, p. 94-95.

(14) J.M.: «Noticias de España», *O.C.*, t. 14, p. 38-39.

(15) J.M.: «España», *O.C.*, t. 14, p. 152.

(16) J.M.: «Antonio Bachiller y Morales», *O.C.*, t. 5, p. 148.

(17) J.M.: «Nuestras ideas», *O.C.*, t. 1, p. 321.

(18) J.M.: «Noticias de España», *O.C.*, t. 14, p. 94.

(19) J.M.: «Discurso en el Liceo Cubano, Tampa», *O.C.*, t. 4, p. 277.

(20) *Loc. cit.* n. 17.

(21) J.M.: «Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario», *O.C.*, t. 2, p. 24.

(22) J.M.: «El remedio anexionista», *O.C.*, t. 2, p. 47.

- (23) J.M.: *Manifiesto de Montecristi*, O.C., t. 4, p. 97-98.
- (24) Idem, p. 97.
- (25) Ver, por ejemplo: Patricio Bosch, «Mambises gaditanos», en *Cádiz-Iberoamérica*, no. 3, 1990, Diputación Provincial de Cádiz, p. 59-61.
- (26) J.M.: «Congreso Internacional de Washington. I», O.C., t. 6, p. 46.
- (27) J.M.: *Cuadernos de apuntes*, O.C., t. 21, p. 380.
- (28) J.M.: «Carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895», O.C., t. 4, p. 167-168.
- (29) J.M.: «Congreso Internacional de Washington. II», O.C., t. 6, p. 167-168.
- (30) William Thomas Stead (1849-1912). Periodista inglés, nacido en Embleton. Director de la *Pall Mall Gazette* y fundador de la *Review of Reviews*. Tuvo gran influencia en los periódicos y en la política. Luchó a favor de numerosas reformas sociales. Murió ahogado en el naufragio del trasatlántico Titanic. Entre sus principales obras se encuentran: *If Christ came to Chicago*, *The United States of Europe*, y *The Americanisation of the World*.
- (31) J.M.: «La Revolución», O.C., t. 3, p. 79.
- (32) J.M., «Discurso en Hardman Hall, Nueva York», O.C., t. 4, p. 316-317.